

Capítulo Primero: Barco

Hace ya mucho tiempo que conozco a este anciano, nos conocimos en un caso de homicidio que tomó fama en la prensa, mis colegas me habían dicho que él era un reconocido detective ya jubilado que trabajaba solo de vez en cuando, casi exclusivamente en los casos “sin resolver” o en los con “presión política” o de “alguna familia importante” y cosas así. Él, como detective o prefecto, y yo, encargado del trabajo de redes que requería el caso, fue un día temprano a hacerme unas preguntas sobre los correos electrónicos del mismo, de las explicaciones que le di, no entendió ninguna, pero leyendo los mensajes se contentó. Y de ahí, fuimos a tomarnos un café, solo hablamos sobre temas del caso particular, pero nos caímos muy bien, y de un simple café, se formó una amistad que ha durado ya siete años.

Algunas tardes nos juntábamos en algún lugar para hablar de nuestros casos, mis conocimientos y pericias sobre computadores, y aún

cuando solo hablaba del tema, parecían resbalar en su cara y caer al piso, realmente no entendía nada de lo que yo hablaba, siempre supe que era de “la vieja escuela” y que de computadores no entendía y nunca entendería nada, pero, aún así, le interesaba el anonimato que las redes le ofrecen a los criminales.

Los mejores momentos de las tertulias eran cuando exponíamos nuestros casos ya resueltos o por resolver, muy distintos unos de otros. Escucharlo a él, era como leer una novela de la famosa novelista inglesa, siempre tan poco humilde, y siempre también, tan caballero.

Un día, hace una semana exactamente, me contó de un extraño caso que aún no podía resolver, recuerdo bien la conversación, porque el caso me interesó muchísimo... Era el caso de la desaparición masiva de los tripulantes de un barco “semi-crucero” que aún no llegaba a altamar. Ahí, todos los pasajeros desaparecieron sin dejar rastros y solo quedó uno, que no logra recordar nada y cuya identidad aún sigue en secreto.

Mi amigo estuvo presente desde el inicio del caso, y me explicó todo lo que sabía la policía para pedir mi opinión profesional en el asunto de

veo su nube de terror rodeándolo. Lo veo voltearse hacia mí. Lo veo mirándome, penetrando con su mirada, hasta lo más profundo de mi ser.

¡Podrás leer mi alma demonio, incluso podrás tomarla y hacer de ella tu antojo! Pero nunca... ¡Jamás! ¡Podrás escribir nada sobre ella!

¡No pienso darle mi alma a un demonio asesino!

¡Mis puños están firmes y las lágrimas en mi rostro reflejan decisión!

¡Lucharé!

¡No tomarás mi alma, romperé mi promesa en tu cara!

Lo veo entrar por la ventana.

las cámaras de seguridad. No existe ninguna pista y el misterio está todavía lejos de terminar.

- ¿Te has enterado del caso de las desapariciones del barco?

- Por los diarios –dije yo.

- Lo conozco bien, muy bien ¿Leíste sobre el tema de las cámaras?

- Solo leí el encabezado, no conozco mucho acerca.

- Bien, voy a contarte todo lo que se sabe hasta el momento, así me das tu opinión sobre un tema que desconozco, incluso podrías unirme al grupo de detectives que se encarga del caso, junto a mí.

- Cuéntame.

- No existen muchas evidencias. El barco turístico “PoleJane”, más conocido como el cruce-ro jardín, llegó al puerto hace dos semanas, aún no tenía pasajeros, ésta era su primera parada desde sus arreglos de mantención. Durante una semana empezaron a llenarse los cupos, hasta que ya no entrara nadie al cuarto día de su llegada. Era un barco casi exclusivamente dedicado a la fiesta, con largos espacios al aire libre en donde existían grandes jardines, por eso su nombre po-

pular, una gran y elegante pista de baile y varios bares. -dijo leyendo.

>> Su capacidad era de unos 500 pasajeros, un barco único en diseño y dimensiones, más los tripulantes y trabajadores del barco se agregan unas 100 personas. Hace una semana se decidió que zarparía a cruzar el pacífico, pero... Algo sucedió, durante todo un día estuvo varado frente a las costas, aún no llegaba a altamar, pues se veía en el horizonte desde la playa. Veinticuatro horas estuvo quieto, hasta que la marina, al no recibir respuesta por radio de la embarcación durante todo ese tiempo, se decidió ir a averiguar que pasaba. Extraño acontecimiento lo que sucedió, no se encontró a nadie. Subieron a bordo los marinos, y aún no encontraban a nadie, subieron directamente a la sala de radio y nada, no encontraban aún ninguna persona, ningún marino ni detective explicaba la situación, pero alguien en la sala de vigilancia, notó que en el salón principal había alguien, sentado en el suelo, en la mitad de la pista, con las piernas abiertas como un niño y sin moverse.

>> Rápidamente corrieron hacia él. No parecía estar vivo, ni siquiera un músculo movía,

Capítulo Séptimo: Testamento

A Patricio Emmanuel Bell Riqué le dejo todas mis posiciones. Sé que, a pesar de su avanzada edad, sabrá darles un uso. La decisión de donarlas o no, es suya.

Estoy escribiendo el testamento más resumido de la historia, pero ya nada me importa, porque hoy, viernes 16 de enero, moriré.

Veo como las sombras descienden desde el cielo, oigo la estática que producen el televisor y la radio. Cada vez se hacen más fuertes. Me cuesta ver a la vez que respirar. Oigo mis latidos, mi desesperación y no sé por qué sigo escribiendo esto. Pero mi temor a la muerte, mi cobardía eterna, se acaba hoy.

En mi diestra sostengo un triángulo de madera que me protegerá de todo mal mientras lo tenga, es mi última esperanza en una lucha contra mi temor interno y un ser perteneciente a otro tiempo al que mi alma vendí.

Veo la maldad descendiendo desde el cielo,

día por medio ¿Sería por cansancio? “Tengo hoy y mañana libres”, pensé. Pensé en esto como si fuera un trabajo. Pensé en mi vida como algo mundano.

Pasé cuatro días encerrado en la habitación de un niño que nunca volvió. Desde el segundo piso podía ver casi la mitad de esta ciudad tan montañosa y, desde el miércoles, un incendio gigante que se había iniciado, seguramente, en el centro comercial. También, un minuto antes de que el incendio se iniciara, vi una sombra difícil de identificar que se elevaba al cielo mirando hacia mi antigua ventana, mirándome a mí. Ya estaba decidido, sería mañana mi último día de vida. Me decidí a seguir escribiendo estos sucesos en mi diario para que alguien alguna vez los encontrara, no me importa si son creíbles o no. Quizás sería más fácil explicar las desapariciones masivas con una nueva arma militar que el gobierno esconde, con alguna conspiración ridícula, o con que el fin del mundo se acerca. O quizás no sea necesario y nadie las recuerde.

Me decidí también, a escribir un testamento. Pero creo que dejaré eso a lo último.

solo estaba allí, con los ojos muy abiertos mirando hacia la nada. Tomaron su pulso y lo notaron algo extraño, muerto no estaba, pero sí en un estado, al parecer, de parálisis mental que le impedía moverse y hablar. Según dos testigos, balbuceó unas palabras sin sentido, algo así como “Tú no”, pero los otros dos marinos que estaban cerca de él, dijeron que no movió un músculo y nunca balbuceó nada. Una contradicción que aún se investiga.

>> Aparte de este sujeto, no se encontró a absolutamente nadie. Nadie había visto nada en las costas, ningún barco se había acercado a éste, ni siquiera una señal de auxilio se había emitido desde la sala de control. Nada en absoluto, ninguna pista, mas la sorpresa aún no terminaba, pues, al revisar las cámaras de seguridad, solo más preguntas llegaban al caso.

>> Aquí es donde entras tú, mi buen amigo. En las oficinas de la policía ningún experto en redes pudo lograr descubrir el misterio en las cámaras. ¿Qué que grabaron? Nada, nada en absoluto. Te explicaré.

>> Antes de las 9:32 de la tarde, todos estaban celebrando la recién partida en la pista de baile, buena fiesta, muchos bailes, música, etcéte-

ra. Nada parece anormal, pero al llegar el reloj a las 09:32:42 PM todas las cámaras, incluso algunas que estaban mal sincronizadas, comienzan a grabar estática, esto, por dos segundos exactos, y a las 09:34:44 PM, ya no existía nadie, salvo aquel sujeto que te mencioné, en la misma posición en la que fue encontrado. Luego, tras veinticuatro horas de grabación, aparecen los marinos a rescatar al único sobreviviente del evento sin explicación... Aún. A todo esto, éste tipo, cuyo nombre no puedo contarte hasta que pueda anexarte a la investigación, estuvo veinticuatro horas sin mover un músculo, sentado en exactamente la misma posición. Sin duda un suceso muy extraño, demasiado como para ser real.

Había escuchado todo con atención, por el silencio que continuó, pareciera que quería escuchar mis preguntas.

- ¿Revisaron todo el barco?
- Todo.
- Las salas de máquinas, ¿Todo?
- Todo. Se revisó por 8 marinos aún en medio del mar.
- ¿No se trata de una estafa o broma?
- No se puede decir nada aún, el único tes-

dículo aspecto del anciano pelado y bigotón en bata de hospital.

Cojeando abrí la puerta de entrada, no había nadie. Encontré restos de lo que parecía ser una ceniza negra y volátil. Entendí lo que había pasado. Hace veintiocho años no entraba a esta casa. Quizás cuánta gente vivió aquí antes de yo entrar nuevamente. Estaba todo tan cambiado, pero los muros seguían igual, y cuando subí a lo que alguna vez fue mi habitación me sorprendí al darme cuenta que ahí también vivía un niño. Espero no estuviera en la casa cuando la sombra llegó. No había rastros de ceniza en la habitación.

Me senté en un pequeño escritorio infantil. Intentando lograr reconocer alguna información, años de detective crean una costumbre. Lo hice.

El primer atentado fue el pasado jueves. El posterior el sábado y, luego, el lunes. Todos ataques donde había una multitud de gente y alguien parecido a mi imagen, pero, no es que sea un ser humano único ni algo así, confundirme es bastante fácil, me pasó en varias ocasiones de mi vida laboral. Sobre todo, con ancianos, gente que necesitaba lentes, gente casi ciega... Y... Demonios...

Parece ser que mi perseguidor trabajaba

- Tu sabes que te considero un padre, conoces todo acerca de mí, incluso lo que yo ya olvidé. Sé que no tienes idea de que es lo que está pasando. Y también sé que sabes... Que yo sí. Es peligroso estar cerca mío. Por eso...

- ¿Intentas solucionarlo por ti mismo? –interrumpió nuevamente.

- Sí, esto es algo solo mío. ¡Nos caímos por la escalera del metro, son como cinco pisos! Estás tan mal que ni siquiera creo que vuelvas a caminar.

- No me siento tan mal como crees –interrumpió de nuevo.

- No interrumpas viejo, solo quiero decirte dos cosas. Te quiero. Y adiós.

Aún tenía fiebre por la hinchazón de mi cuerpo lleno de hematomas. Mis lágrimas parecían arder en mi rostro, en mi pecho. Sentía el corazón abrasándose dentro de mí. Sentía pena, por perder a un ser querido. Sentía angustia, por un futuro incierto. Sentía lástima, por mi propia muerte, y porque nunca creí disfrutar la vida plenamente. Sentía tristeza, también, por perder absolutamente todo. Lloré hasta llegar a mi destino, aunque de vez en cuando sonreía al recordar el ri-

tigo no ha hablado.

- ¿Cuándo crees que podrá hablar?

- Los médicos dijeron que estaba en un choque mental, pero no saben absolutamente nada más. No saben qué le pasó, ni tienen algún indicio, tengo planeado ir esta noche, cuando el ambiente se calme un poco.

- ¿Puedo acompañarte?

- Puedes, pero antes me gustaría que fueras a ver el asunto de las cámaras, estoy seguro que tus pericias son de mucha más calidad de los policías que las revisaron, mi buen amigo –creo que, en serio, el anciano creía estar en una novela.

- ¿Cuáles fueron sus resultados?

- Dos, el grupo investigador entró en debate, en una parte están los que creen que el sistema de vigilancia sufrió un ataque por las cámaras o algo así (Realmente no sabía nada)

- Un ataque informático.

- Exactamente eso.

- Por la otra parte -siguió- se encuentran algunos que aseguran que las cámaras de seguridad nunca fueron eso, si no que solo son grabaciones usadas como chivos expiatorios para confundir a la policía, sin embargo, las cámaras aún graban, y

ninguna cosa de valor se ha removido, a excepción de las cosas que llevaban los desaparecidos encima. Todo, los camarotes, las bebidas, y todo lo demás, está exactamente igual antes y después de los 2 segundos de estática.

- Las cámaras son mi especialidad –dije con una soberbia innecesaria.

- Por supuesto que sí mi gran amigo –creo que me quería convencer de estar en una novela imaginaria donde él era el protagonista- por eso he venido hasta ti, ¿Quieres unirme a la investigación?

- Por supuesto. La vida de solterón en vacaciones no le hace bien a nadie.

- Bien, entonces, arréglate, iremos directamente a la sala de vigilancia del barco que aún sigue en el mar, espero no te mareen los barcos.

- Espero yo también.

Pensé que sería una semana libre de descanso, pero este caso era realmente interesante, y mi descanso podía postergarse un par de días, que es lo que dura mi parte en las investigaciones frecuentemente, pero lo que había pasado en aquel barco, seguiría siendo un puzzle sin ninguna pieza por mucho tiempo.

Capítulo Sexto: Hogar

Desperté en la tarde del mismo día. Compartía la misma habitación de hospital que mi compañero. Tenía un cuello ortopédico. Igual yo. Despertó un poco después de mí, cuando ya me había quitado la mayor parte de los instrumentos hospitalarios: el suero, esa ridícula bata, etcétera. Nos miramos por un instante. Si una mirada pudiera describirse como un sentimiento, esa sería temor.

Su esposa igual de anciana que él llegó de improviso, quién sabe qué habrán discutido mientras estaba absorto en un plan para continuar con mi alma... Que absurdo suena cuando lo leo. Decidí por fin, enfrentar mi realidad solo, para proteger a las personas que quería, que era una sola. Me referí al compañero de trabajo que considero aún como mi padre.

- Viejo...

- Amigo mío –interrumpió mientras tomaba mi mano.

nio de mi niñez, rodeado por una nube de estática. Y él me vio también. Fue solo un instante, pero cuando cambió de dirección para ir a atrapar su alma prometida, fue demasiado tarde.

Para él.

Capítulo Segundo: Investigación

Un viaje tranquilo hasta el mar. Creo que los barcos sí me marean. Subimos al barco ¿Y que encontramos? Nada. Y que iba a esperar, si todo lo que me había contado mi amigo era verdad. Al encontrarnos con los encargados, el asunto se resolvió rápido, de una sencilla forma ya estaba en el caso y tenía acceso a todo el papeleo correspondiente. Entonces, fui a las cámaras.

Quien iba a decir, que no había nada extraño en esas cámaras... No tenían ningún problema. Por lo que deduje, la estática no fue del sistema, ni tampoco eran grabaciones preestablecidas. Simplemente, todas las cámaras del barco, por dos segundos, grabaron estática. Como si una neblina de estática física apareciera frente a ellas al mismo tiempo rodeando todo el barco, lo grabaron y nada más. Algo imposible, obviamente.

Así se lo informé a mi acompañante, que no tenía idea de que es lo que hacía yo con esas cajas y computadores.

- Lamentablemente, creo que estamos igual que antes. Lo único que puedo decir, es que las cámaras no han fallado. Lo único que se me ocurre es que la estática fue real y física, pero, ¿Cómo puede explicarse algo así?

- Bueno –hizo una pausa mientras pensaba- eso reduce varias posibilidades, pero no soluciona nada. Pensemos pues, que podrá ser. Usemos nuestra cabeza, nuestras células grises. (¿?)

- ¿Hasta qué hora tenemos para estar acá?

- Hasta las cuatro.

Pasaron un par de horas en las cuales nos dedicamos a recorrer el lugar, revisar aún más la sala de vigilancia, las cámaras y los cables. No teníamos nada más que hacer ahí, las pocas conclusiones que sacamos fueron: Primero: 599 personas desaparecieron en exactamente dos segundos. Segundo: solo había un testigo, que no recuerda nada, que no habla nada, y que a esa altura ya estaba deseoso de conocer e interrogar, y tercero: No había absolutamente ninguna pista.

Llegados a tierra, lo primero que hicimos fue tomar un taxi y dirigirnos al hospital donde se hallaba el único testigo.

Viaje largo. Ningún problema tuvimos en

riores. Tomé un sombrero perdido del suelo y guardé mis lentes. Sabía que vendría. Todos los dispositivos electrónicos que había en plena calle fallaron al mismo tiempo, los parlantes zumbaban ruido estático y las pantallas solo mostraban puntitos negros y blancos en un caos total. Toda la ciudad pareció remecerse con una energía diabólica, pero no era el movimiento de placas tectónicas lo que provocó semejante movimiento. Fue un terremoto, sí, pero un terremoto de furia y frustración.

Recuerdo cómo las personas iban desapareciendo de una en una, alrededor mío, mientras corría desesperado, sin saber por dónde, a la entrada del tren subterráneo. Se convertían, simplemente, en humo. En el mismo humo negro que no dejaba ver mis manos frente a mi rostro. El mismo humo que escondía el defecto más grande de mi antigua pesadilla: su ceguera.

Corrí. Corrí demasiado. Cuando lo hice sentí que fueron mil años, pero ahora, que lo recuerdo y pienso, diría que fueron no más de dos segundos. Con el cuerpo fatigado, pero aún activo de adrenalina, recuerdo haber llegado a la entrada del metro.

En un fragmento lo vi. Era el mismo demo-

buen padre que nunca existió. Le tenía un gran aprecio.

Salimos de la cafetería después de despedirnos de los conocidos de siempre. ¡Oh! Un festival en la calle. “Que buen momento para despejar mi mente”, pensé. Que estúpido fui, sabiendo incluso, el patrón específico. Cuando lo recordé ya era muy tarde, estábamos solo a una calle de distancia del hospital cuando tomé fuertemente el brazo de mi compañero. Me miró extrañado, pero entendió de inmediato de que se trataba. Era, sin duda, mucho más inteligente que yo. Señaló una entrada de metro. Pero debíamos cruzar a toda la gente que, con colores y bailes, celebraban quién sabe qué.

Había tantas personas, tantas que no podría dar un número. Aún tengo el sentimiento de culpa que parece rozar mi corazón con dedos gélidos, inundando mi pecho de un desierto frío, apretándolo, asfixiándolo. Por mi culpa, toda esa gente...

Avanzamos lentamente entre la multitud, sin sospechar que el tercer suceso tendría lugar en plena avenida. El cielo se nubló de un momento a otro, guardando nubes rojas de fracasos ante-

recepción, al parecer, ya todos estaban enterados que me había unido a la investigación por consejo de mi anciano amigo. Entramos pues, a la sala del individuo. Una hermosa enfermera salió al nosotros entrar, y el hombre, de unos treinta años, al igual que yo, no parecía turbado como me habían dicho, a pesar de tener un vendaje en la cabeza y casi cubierto el rostro, quién sabe para qué. Fuimos los primeros en interrogarlo desde que recuperó la conciencia, aunque ya le habían advertido de nuestra presencia.

- Buenas tardes señor... ¿Guzmán?

- André Guzmán. Ustedes supongo, son policías ¿Cierto?

- Correcto. Estamos acá, para cerciorarnos de que esté bien, y que dé testimonio de lo ocurrido.

- No creo que pueda ayudarlos mucho. No es que recuerde gran cosa. Solo sé cómo llegué aquí por la enfermera.

- Hasta lo más mínimo nos será útil. Vayamos al grano, sin preámbulos innecesarios.

- Bien entonces, les diré todo, que no es mucho, por cierto.

>> Bueno, que yo recuerde, antes de entrar

al barco no hubo nada extraño. Tuvo buena publicidad y esas cosas, creo que en menos de una semana los cupos se llenaron. Por suerte fui uno de los primeros que vio el barco llegar a puerto y pregunté si tenían vacantes, por suerte mía...

- Sobre lo importante -interrumpí.

>> ¿Ah? Sí. Ehm... Bueno, cuando estuvimos dentro... No, no recuerdo nada extraño, solo había gente normal que, al largo rato, antes de que comenzara a anochecer, comenzó a juntarse en grupos de conversación. Muy animados estaban todos ya que el barco era hermosísimo, todas esas flores, y los jardines ¿Habían visto ustedes jardines tan grandes en un barco? Pues yo no, y no sé cómo lo habrán hecho tampoco, soy arquitecto ¿Saben? Y es muy difícil hacer posible algo así... Ehm... Bueno... Lo último que recuerdo, es que estaba bailando con una mujer que acababa de conocer, y mientras... No, no recuerdo. Sí, todo se volvió oscuro, como si apagaran todas las luces del barco y la ciudad al mismo tiempo... ¡Pero no era todo negro! Fueron como sombras o estática. Y algo más oscuro aún que todo el lugar se movía para todos lados, pero no recuerdo que hacía ni tampoco me fijé en las personas, estaba más ocu-

¿No dicen los escritos que los buenos se irán primero?

- Creo que deberías descansar. Primero, no hay mucha gente digna de ser salvada en una discoteca de mala muerte como esa, y a esas horas de la noche. Segundo, los demonios y esas cosas no existen. -¿Por qué mencioné esa palabra? Siempre he sido un mal mentiroso.

- Pero... ¿Demonios?

La conversación continuó en un tono innecesariamente incómodo. El viejo habló sobre fenómenos paranormales que había leído en revistas de dudosa credibilidad. Yo mentí sobre que los demonios no existían. El anciano habló sobre dioses. Yo mentí en que los milagros no existían.

Por décadas intenté mentirme a mí mismo. Que nada de lo que había pasado cuando tenía ocho años sucedió realmente. Que fue una invención infantil. Nunca se lo dije a nadie del orfanato. Nadie creería semejante estupidez. Obviamente sería el trauma. Nunca nadie me explicó de qué, ni cómo murió mi padre. No recuerdo tampoco que algún familiar me visitara alguna vez.

Supongo que veía a aquel anciano detective como el padre que nunca tuve, o más bien, al

tiempo. Pero hay algo extraño, algunos familiares decían no recordar a los desaparecidos, y nadie ha hecho algún llamado a la policía. Con lo de la discoteca, tampoco se ha avanzado nada. Había por lo menos 200 personas ahí, aún no se llega a un registro oficial. Pero tampoco está tomando fama, ni se han reportado desapariciones. Esto es todo tan raro, pareciera que no solo desaparecen las personas, si no también sus recuerdos. Aunque algunos familiares los recuerdan si insistes demasiado. Es todo tan extraño. Esto está mal, muy mal.

- No entiendo absolutamente nada de lo que está pasando. –mentí.

- ¿Qué puede llevarse a tantas personas sin dejar rastro?

- Yo no sé.

- Mira, estuve investigando. Ninguna clase de desastre natural hace eso, fenómenos climáticos tampoco. A lo único que he llegado, por ridículo que suene, es a algo... Paranormal... No tengo más opciones ¡Maldición, desaparecieron 800 personas y no hay ni una sola pista de qué está pasando! En todos los años de mi carrera nunca me habría imaginado una frase tan ridícula como esa... O puede que ya haya comenzado el apocalipsis.

pado en tratar de ajustar la vista a eso que se movía tan rápido. Luego recuerdo que iba hacia mí, pero no sabría decirlo, todo fue tan rápido, ¡Habrán sido menos de dos segundos! No podría decir más, pero estoy seguro que había una sombra, o algo así, no estoy seguro. Lo siguiente que recuerdo es estar sentado acá, y de eso ya tres horas. ¿Le pasó algo al crucero?

- ¿No recuerda ninguna palabra ni frase?

- ¿Una palabra, como cuál?

- Uno de los marinos que lo encontró afirmó que usted dijo algo como “Tú no”.

- No, no recuerdo nada de eso.

- ¿En serio no sabe aún qué fue lo que le pasó al barco?

- No.

- Eran por lo menos 600 personas que estaban en el barco. Todas desaparecieron, menos usted.

Su respuesta tardó mucho. Y con un rostro de incredulidad simplemente dijo: “¿Qué?”.

- Eso es todo por ahora, llamaré a los demás oficiales para que se hagan cargo de usted, por mientras puede...

A esto interrumpió la enfermera, que de

por sí ya me distraía bastante con su escote. Avisó que ya no necesitaba los vendajes, que se los habían puesto por temor a que su estado de choque mental hubiera sido producido por un golpe, pero que los exámenes habían verificado que no era así. Procedió a quitárselos, y mientras lo hacía nos despedimos. Pero como yo estaba tan... ¿Cómo decirlo? Con la enfermera. Nos quedamos ahí un rato, para desearle buena recuperación al paciente o alguna excusa como esa. A la insistencia de mi amigo, que ya era anciano y nada le importaban las mujeres salvo la suya, me vi obligado a irme. Pero alcancé a ver su rostro para hacer una descripción por lo menos vaga: treintón, blanco, rostro cuadrado, cabello corto y negro, afeitado y ojos marrones claro. Pude verlo ponerse sus lentes, que eran del mismo modelo que los míos. Era como mirar un espejo borroso.

Capítulo Quinto: Intento

Abandoné todo. Trabajo, amistades, el misterio del barco, todo. Me enfrasqué en mi propio mundo dirigido por un talismán triangular cuyo único objetivo era calmar a un niño.

Recuerdo al detective que me lo dio, solo porque tenía un bigote tan ridículo que me hizo reír, cosa que no hacía hace mucho tiempo. Varios años tuvieron que pasar después de eso para volver a hacerlo.

Hace una semana cumplí los treintaseis años.

El anciano fue a verme el lunes. Descansé todo el fin de semana. “Tenemos que ponernos al corriente”, me dijo. Fuimos a la misma cafetería de siempre, a la misma de hace siete años atrás.

- ¿Han adelantado algo de los casos? –pregunté.

- Nada, lo del barco se pudo ocultar momentáneamente y bajar el perfil ya que sus familiares no esperaban que volvieran en un buen

casi sin carne y vendadas algunas partes de su cuerpo, me miraba fijo desde el otro lado del cuerpo de mi madre. Sentí su voz distante, pues su estatura superaba el techo, pero se arrodilló ante mí para que yo pudiera escucharlo. Todo se volvió confuso, oscuro. Con una voz idéntica a la de mi padre, pero como si la escuchara en una radio de frecuencia débil, me dijo: “Cuando alcances la edad de tu padre, niño, me llevaré tu alma”. Y el ambiente dejó de ser borroso paulatinamente, mientras el demonio se convertía en sombras y su vendaje flotaba dejando ver su cráneo. Tenía un solo ojo, o, mejor dicho, una cuenca hueca y negra. La otra mitad del cráneo era lisa, mas no recuerdo qué lado era. Todo terminó. Ahora estaba solo. Como ahora.

Aquel demonio salvó mi vida, pero ¿Por qué? ¿Tenía algún objetivo? ¿O fue simple casualidad?

Que recuerdo más extraño.

Supongo que estoy en deuda con un demonio... O un ser celestial. Y quiera o no, le debo mi alma. Mas no estoy dispuesto a dársela.

Capítulo Tercero: Miedo

Volví a mi casa sin novedades. Con un trabajo en mis vacaciones que, supuestamente, recién empezaban... Bueno, no es que tuviera planes o algo... Solo me he dedicado al trabajo desde terminar mi instrucción en la academia.

Con una cita planeada al otro día y a primera hora en la comisaría, debía pensar en las posibles soluciones del caso. Aún sin ninguna pista en absoluto siempre es posible deducir algo, esta vez no tenía nada y me acosté a medianoche sin poder pensar en algo.

A las cinco de la madrugada me despertaron golpes de piedritas en mi ventana. Era el anciano que me pedía acompañarlo, y sin poder siquiera negarme, en cinco minutos ya estaba en un auto de policía.

No hubo tiempo para saludos y solo hubo un resumen. No estoy muy acostumbrado a estas cosas la verdad, ser detective de oficina es mucho más cómodo.

“Pasó exactamente lo mismo en una discoteca”.

Ese fue el resumen.

Llegamos a las 05:15:AM a la escena del “crimen”, por nombrarla de alguna forma. Había dos patrullas con cegadoras luces azules en frente de una discoteca. No pude ver nada en el interior hasta que entré al edificio. Ahí había un par de policías, revisando muestras, buscando pistas, lo común. Nos encontramos con el delegado de esta zona, y nos pidió que fuéramos a la oficina del edificio para revisarla junto a él. Que ya la había revisado. Que ya sospechaba algo. Pero que tampoco entendía nada de lo que estaba pasando.

Mientras revisaba yo las cámaras... Que decepción, era exactamente lo mismo que en el barco, dos segundos de estática, y luego nada. Al parecer, el incidente tenía la misma causa y razón de la tragedia anterior en el barco. Cuando llegué a esta conclusión, con el ceño fruncido miré al detective... No podía decir nada, pues no sabía nada.

Dicen que para identificar patrones en extrañas circunstancias como lo eran estas, solo se necesita una simple frase: “Una vez, es casualidad. Dos, una coincidencia. Tres, un patrón”. Pero algo

dad inhumana. Rompiendo sus miembros en los muros de ladrillo. Cortándose en las ventanas. Desmembrándose. Salpicando sangre sucia por la casa. Muriendo. De la bestia que nos atormentó a mi madre y a mí durante ocho años, solo quedó un tumulto de carne tibia. Y solo fueron necesarios dos segundos para terminar una vida de terror.

No recuerdo escena peor en mi vida. Muros ensangrentados, del cielo falso goteaba sangre. Una lluvia cuyo hedor me hace vomitar con su recuerdo. Algo, que alguna vez fue un humano in-mundo, ahora yacía aplastado a un lado de la puerta, sin moverse, sin respirar, con el corazón fuera de su triturado cuerpo al igual que todo su interior. Pero no fue eso lo que me impresionó, lo único que veía claramente en ese momento, era mi madre. Muerta. “¿Por qué no se defendió?”, “Ahora terminó así”, pensé. ¿Al final, de quién fue la culpa? ¿Tenía alguna responsabilidad ella, por ser incapaz de defenderse? Nunca me atreví a preguntarle a nadie algo así. Supongo que me tomarían por un monstruo. Uno como mi padre.

Presenció un milagro, más bien, una maldición. Un demonio foráneo a la vida, famélico,

tia. Su cabeza sangraba y ya no se movía. Estaba muerta. La mató. Y yo solo lloraba, gemía de miedo y dolor. El rostro de aquel despreciable giró para encontrarse con un niño sentado en el suelo, llorando como un bebe. Y el muy bastardo se volvió para seguir su carnicería demente. En ese momento, el miedo en mi corazón devoró cualquier emoción racional que pudiera tener un niño de esa edad. La desesperación es la efigie del mal, de los demonios. La casa tembló más aún que mi propio cuerpo, y mi rostro desesperado no se despegaba del suyo.

Paso a paso seguí su mirada, iba hacia mí, ebrio de furia y alcohol. Una bestia reducida al más bajo instinto animal. Comenzó a golpearme de una forma más brutal de lo que comúnmente hacía. Estaba a punto de quedar inconsciente, cuando grité por mi salvación. “¡Ayuda!” Grité. Recuerdo una voz que me dijo “Tu alma por su vida”, y mis ojos antes llenos de temor y sangre, se convirtieron en un llameante odio respondiendo “Sí”.

El monstruo que estaba sobre mí, se convirtió, de un momento a otro, en un trozo de carne inerte. Lanzado de un lugar a otro con una veloci-

le faltaba a esta estancia, y no era muy difícil saberlo. No alcancé a abrir mi boca cuando, por radio, mencionaron que se había encontrado el eslabón que faltaba dentro de un baño, con la cabeza sangrando de un golpe en la cerámica. Corrimos. Lo ponían en una camilla, pero no estaba inconsciente. Lo miré y me miró. Y con un rostro desesperado, abriendo innecesariamente sus ojos y boca, gritó escupiendo su saliva mezclada a la sangre que le brotaba del cráneo. Gritó: “¡Tú tampoco!”. Se desmayó. Murió. Nada se pudo hacer.

Todavía atónitos, intentamos ayudar al sujeto en el piso que se había caído de la camilla por el último esfuerzo, pero después de dos minutos de maniobras el pulso no volvía. Lo subieron a una ambulancia, casi en forma de un protocolo innecesario, pero todos los que estábamos ahí, sabíamos que no volvería jamás. Fui cuestionado por mis compañeros de oficio, me preguntaron si conocía a este tipo. Yo negué. Al final, se asumió que fue un delirio provocado por el golpe, pero yo no estaba tan seguro. Ni tampoco el viejo.

Seguimos investigando la escena, a pesar de que yo ya no era necesario ahí. La curiosidad le gana a cualquier sentimiento, incluso al miedo.

Porque miedo fue lo que sentí, al hallar lo que estaba buscando: la coincidencia. En el suelo del baño, un policía distraído los tomó, manchados en sangre y con los cristales rotos. El mismo modelo rectangular que el primer y único testigo de las desapariciones del barco usaba. El mismo modelo rectangular que ocupaba yo en ese momento. El mismo modelo que uso desde la niñez, cuando mi madre me llevó al oftalmólogo y que me encantó. El mismo modelo que uso para poder leer las palabras que estoy ahora escribiendo.

Miedo fue lo que sentí, al darme cuenta del patrón.

Aún no terminaba la investigación, y si quería llegar a la absoluta conclusión que tenía en mi cabeza, debía ir a la morgue a investigar al reciente cadáver. No pude hacerlo en ese mismo momento, y debí esperar hasta la mañana del día siguiente.

Por suerte llegué antes de que hicieran la autopsia. No me sorprendí al ver al anciano detective mirando el rostro del muerto antes que yo. Antes que sus propios familiares, que sospecho esperaban sentados cuando el asistente de forense me hizo pasar a la habitación. Nunca me gustaron

Capítulo Cuarto: Recuerdos

Tenía ocho años cuando papá mató a mamá. No sé por qué olvidé algo tan importante. Lo hizo frente a mi. Como si yo no existiera.

Toda mi vida, hasta los ocho años de edad, viví con un miedo atroz. Un miedo que compartía con mi madre. Cada noche mi padre ebrio llegaba a calmar su instinto brutal de golpear algo. Intentando recordar su supuesta buena carrera de boxeador. Casi siempre era mi madre, pero a veces la dejaba inconsciente y procedía a hacer lo mismo conmigo. Ocho años viví un infierno, a veces culpaba a mi madre por ser tan cobarde y no poder escapar del monstruo que nos mantenía. Pero yo también lo era. Siempre viví con miedo, nunca me atreví a hacer nada. Ocho años tenía cuando pedí ayuda, cuando supliqué usando una sola palabra. Ocho años tenía, cuando vendí mi alma.

Que sueño más extraño.

Justo en frente mío el monstruo de mi padre golpeaba a mi madre con la fuerza de una bes-

no fueron sueños vividos, pesadillas ni terrores nocturnos, si no recuerdos de mi infancia.

esas habitaciones, llenas de muertos en cajones. Fría. Odio el frío. Esa es la única razón por la que me especialicé en algún trabajo donde nunca debiera dejar mi oficina. Cómodo. Cálido. En la seguridad de cuatro paredes... Siempre me consideré un cobarde...

Mis zapatos hacían eco, de frente el forense, mientras el anciano me daba la espalda, ni siquiera me miró. Tampoco hablamos entre nosotros. Miré el rostro únicamente por dos segundos. Y me fue suficiente evidencia. “Gracias” dijimos al unísono, y nos marchamos. Usamos el mismo taxi, pedimos el mismo café en la cafetería sin aún decirnos nada. Aunque no podía sentirse ningún tipo de tensión entre nosotros, era obvio que nuestras mentes estaban trabajando a todo vapor para encontrar una respuesta.

El anciano no era estúpido, muy probablemente, era mucho, mucho más inteligente que yo. Él también había reconocido el patrón de las desapariciones, a pesar de no estar él implicado en el tema. Cuando rompió el silencio, yo tenía los dedos de las manos entrecruzadas para apoyar mi frente, en señal de agotamiento mental, creo. Estaba temblando, no sabría decir si era por el frío de

invierno, o por el miedo a convertirme en otro número sin sentido.

- ¿Tienes alguna explicación para esto?

- Ninguna –dije desanimado.

- Puede que alguien te esté confundiendo. -

¿Confundiendo?

- Eso no explica ninguna desaparición.

- A lo que me refiero, es que parece ser algo personal, mi amigo. ¿Qué acaso no recuerdas tener algún enemigo?

- ¿Un enemigo?

- Sí, algo como una mafia o algún tipo de organización criminal con la que hayas tenido problemas.

- Eso tampoco explica las desapariciones.

- ¡Lo sé, maldición! Solo quiero atar cabos sueltos de lo que se pueda.

- No, ningún enemigo.

El aire se estaba calentando, pero yo aún sentía frío, de una forma metafórica, por supuesto. Decidí descansar en mi casa, pagué mi parte de la cuenta y me despedí flojamente de mi colega.

Eran cerca de la una de la tarde, ese día no comí, solo dormí. Sentía un extraño pesar en todo el cuerpo, como cuando alguien pierde algún fa-

miliar cercano y no sabe qué seguir haciendo con su vida. Me recosté en mi cama mirando el cielo falso. Mientras me acomodaba, el brillo de la caja roja de metal en donde guardaba mis recuerdos de niño me cegó por un momento. Aún no sé por qué la abrí, no debí hacerlo; debí sentir miedo, como siempre lo hice en las situaciones mínimamente tensas a lo largo de mi vida.

Recuerdo que una vez uno de los detectives que me entrevistaron tantas veces, mientras era un niño, me regaló un talismán de madera, me dijo que era capaz de espantar todo mal que me atormentara, que si lo guardaba, siempre me protegería, lo dijo con una expresión difícil de describir.. Lástima, creo que la describe bien. Recogí el objeto de la caja roja. Es un memento doloroso, me recuerda mi infancia. Supongo que varias veces intenté botarlo, pero creo que aún en mi subconsciente sabía que algún día lo necesitaría.

Encontré un diario de vida que ni siquiera recordaba que existía. Lo leí sentado en mi cama, recordé momentos felices y otros no tanto. Lo cierto es que me dormí con el cuadernillo en mi rostro, tapando la tranquila luz de invierno que entraba por la ventana. Los sueños de esa tarde